

# CRISTIANIDAD



## SUMARIO

### EDITORIAL

<i>Pío XII</i> . . . . .	58
<i>Testamento de Pío XII</i> . . . . .	60
<i>Sorprendente coincidencia</i> , por Roberto Cayuela, S. I. . . . .	61

### PIO XII Y MARIA

<i>«La restauración del Reino de Cristo por María no podrá dejar de realizarse»</i> . . . . .	63
<i>La Realeza de María en las enseñanzas de Pío XII</i> , por H. du Manoir, S. I. . . . .	65
<i>La Realeza de María en la Liturgia</i> , por Dom Georges Frenaud, O. S. B. . . . .	67
<i>¿Hay que creer en Lourdes?</i> , por Mons. Théas, Obispo de Tarbes-Lourdes . . . . .	70

### POLITICA

<i>Pío XII y la Unión Europea</i> , por J. M. Martínez Marí . . . . .	71
<i>La nueva Constitución Francesa</i> , por Jorge Galbany . . . . .	74
<i>Rusia cara a Sudamérica</i> , por Fernando Serrano . . . . .	76

### LETRAS

<i>Nota Bibliográfica: «La última hora de la Tragedia»</i> , por Francisco Salvá Miquel . . . . .	78
<i>Escribir bien</i> , por Sebastián Sánchez Juan . . . . .	78

El Congreso Mariológico Internacional celebrado en Lourdes (10-17 septiembre 1958) ha constituido la culminación del Año Centenario. Cuando se conozcan las Actas del Congreso, ha dicho el Cardenal Decano del Sacro Colegio «se advertirá la inmensa importancia doctrinal de la labor teológica en él realizada». Ofrecemos a nuestros lectores algunos trabajos inéditos de ilustres teólogos que participaron en este Congreso.

### NOTA DE LA ADMINISTRACION

En el corriente año de 1958 se establece para los cuatro números mensuales septiembre a diciembre el precio especial de suscripción de pesetas 50,-

# CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA  
DEVOCION A LOS SAGRADOS  
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

## Pío XII

Quizá algún día escriba un biógrafo: «Dejó la vida temporal por la eterna en la primera mitad del mes del Rosario del año Centenario de la Aparición». En su Pontificado y aun en su muerte, S. S. Pío XII nos aparece mariano. Cuando las alas blancas de la Aparición aletean de nuevo sobre la tierra, y llena la explanada de Lourdes el guíñar tembloroso de las riadas de antorchas, cuando el Ave María es la palabra de la muchedumbre, Pío XII, el Papa de la Asunción, se extingue para la vida terrena.

La partida plácida de Su Santidad queda así unguada, como su camino, de una ternura mariana. Su Pontificado, su pensamiento, su empuje, sus inquietudes, su empeño, sus fatigas, sus palabras, su lucha, su personalidad, giran — si sabemos meditarlo — en redor de los mismos fenómenos — mancha tenebrosa, claridad de esperanza — que producen el desbordamiento nívico de la Aparición de la Señora.

Para Claudel, que comentó en un artículo otra Aparición, la de Fátima, la visita terrenal de Nuestra Señora es una explosión. Lo sobrenatural, lo sobrenatural irrumpe, ya no puede contenerse, rompe las fronteras, quebranta descaradamente la barrera que le oponía la autosuficiencia del hombre, y se mete de rondón, con gozo, con llanto, arrolladoramente, en la naturaleza.

Lo sobrenatural salta sobre lo natural para llenarlo de su fuego. Pero lo Sobrenatural, la catarata del Cielo, la sonrisa celeste de la Dama con el Rosario en la mano, no supone la negación, el menosprecio de ese pequeño mundo de arcilla.

Su afirmación es no sólo compatible: es exigida por el canto de las campanas mañaneras de la Gracia. En pugna con ella no se hallan ni la tierra, ni el tiempo, ni los empeños del hombre por edificar su ciudad. En pugna con el Universo de la Gracia se halla el submundo angustiado de la destrucción, la autoaniquilación y el materialismo.

Puesta a esta luz, que deja caer sobre la naturaleza martirizada por la herejía la irrupción gozadora de lo Alto, nos aparece más plena de armonía la silueta angélica de Pío XII.

Alguien ha escrito esos días que de Pío XII dirá la Historia: «Concilió la Ciencia con la Fe». Podrá decirse más atinadamente que Pío XII ha proyectado entera, toda, sin descuidar un ápice, la Realidad. El naturalismo, el materialismo, son verdad mutilada, verdad a medio hacer o medio muerta: se quedan con una parte del todo y la declaran única, exclusiva y suficiente.

El del Naturalismo es como el mundo turbio de un hormiguero que no tuviera ningún contacto con el sol. Sus pequeños, sus móviles moradores, quizá pretendan, puedan pretender, por no haber salido nunca a la luz, que la luz no existe; que no hay más que su hormiguero y que su noche.

Así los hombres de las tinieblas, cuya ceguera denunció Pío XII en su mensoje navideño de 1953, están cerrados, claustrados, sin salida al sol. Conocen su pozo, saben sus leyes; y sólo en ellos esperan, creen, adoran, y no miran ni pueden descubrir más allá.

Pío XII, Papa mariano, estudió, estimó, enalteció las cosas de la vida temporal. — La Encarnación en las entrañas de la Virgen unió a Dios con los hombres. La carne de la Rosa de donde brota el Hijo Hombre reina con gloria en el Cielo —.

El Papa de la Asunción de Nuestra Señora dedicó sus atenciones más delicadas a las criaturas, a los arcillos de la tierra. «Y nosotros, pobres pecadores — implora a María —, nosotros a quienes el peso del cuerpo retarda el vuelo del alma, os suplicamos purifiquéis nuestros sentidos, a fin de que aprendamos desde aquí abajo, a gustar a Dios, a Dios sólo en el encanto de las criaturas».

El dominio de ellas, el descubrimiento de sus leyes y su aprovechamiento por el hombre, son conquistas de la humanidad. «Es claro que toda investigación y descubrimiento de las fuerzas de la naturaleza, realizada por la técnica, se resuelven en investigación y descubrimiento de la grandeza, de la sabiduría, de la armonía de Dios».

¿Quién osará condenar a la Ciencia, considerada de esta manera?

«El Creyente tendrá incluso por cosa natural el ofrecer al Niño Dios, junto al oro, incienso y mirra de los Magos, las conquistas modernas de la técnica: máquinas y números, laboratorios e invenciones, potencias y recursos. Más aun,

tal oferta es como un presentarle ya ejecutada, aunque no completamente, la obra por El encargado: «Poblad la tierra y sometedla».

Pero el linaje de los hombres ha querido envilecerse, estrecharse, achicarse en su hormiguero. Ha descubierto las leyes de su habitación temporal, y, satisfecho con ellas, suprime toda otra realidad. «El panorama, a primera vista ilimitado, que la técnica despliega ante los ojos del hombre moderno, por muy extenso que sea, no es, con todo más que una proyección parcial de la vida sobre la realidad, pues no expresa sino las relaciones de ésta con la materia. Por eso es un panorama que alucina y acaba por encerrar al hombre, demasiado crédulo en la inmensidad y en la omnipotencia de la técnica, en una prisión, que es ciertamente vasta, pero circunscrita, y por tanto a la larga insoporrible a su genuino espíritu. Su mirada, lejos de extenderse hacia la realidad infinita, que no es sólo materia, se sentirá coartada por las barreras que ésta necesariamente le opone. De donde nace la íntima angustia del hombre contemporáneo, que se ha vuelto ciego, por haberse rodeado voluntariamente de tinieblas».

Lo natural es un aspecto de la realidad inmensa: sólo un aspecto. La técnica, un aspecto de la naturaleza. El hombre de las tinieblas, por la naturaleza olvida, desprecia, no sólo lo sobrenatural, sino su misma naturaleza de hombre. «Aun prescindiendo de la ceguera religiosa que deriva del «espíritu técnico», el hombre poseído por él queda rebajado en su pensamiento, precisamente en cuanto por él es imagen de Dios. Dios es la inteligencia infinitamente comprensiva, mientras que el «espíritu técnico» hace todo lo posible por coartar en el hombre la libre expansión de su entendimiento. Al técnico, maestro o discípulo, que quiere salvarse de esta disminución de sí, es necesaria no sólo una educación profunda de la mente, sino sobre todo una formación religiosa que, contra lo que a veces se afirma, le permita defender su pensamiento de influjos unilaterales. Entonces se romperá el cerco de su conocimiento; entonces la creación se le presentará iluminada en todas sus dimensiones... En caso contrario la era técnica llevará a cabo su monstruosa obra maestra de transformar al hombre en un gigante del mundo físico, con detrimento de su espíritu reducido a pigmeo del mundo sobrenatural y eterno». El naturalismo, desembocando en el tecnicismo, puede acabar con la misma humanidad. De ahí esos tropeles de desdichados, seres humanos que se masifican, que dejan de ser pueblo, se truecan en rebaño, y a la postre dejan de ser persona.

La publicidad —política o comercial—, con sus modernos sistemas de presión psicológica, sustituye al alma individual, a cada alma personal, al alma insustituible de cada hombre, por una alma colectiva que se encarna en las masas monstruosamente y domina a los débiles con el alud técnico —perversamente refinado— de la despersonalización.

Cuando el hombre se va empequeñeciendo, cuando la persona va siendo anulada por el totalitarismo —despótico o liberal—, cuando la Publicidad, riesgo demasiado ignorado— amenaza con convertirse en alma colectiva de la Historia, toma las riendas del Papado un Pontífice intensamente humano, preocupado por lo temporal, profundamente sentidor de los misterios de la encarnación y de las grandezas marianas.

Pío XII no opone al materialismo un espiritualismo que deje un poco de lado lo terrenal: Pío XII se vuelve con amor, con brío, a lo cotidiano. Habla a todos de sus empeños, de sus ciencias y deberes temporales. Medita y conoce las técnicas. Aprueba los Institutos seculares —presencia de la vida sobrenatural en el mundo técnico de las profesiones—. El periodismo, la medicina, el cine, las empresas editoriales, el arte..., todos los aspectos de la ciudad terrenal merecen su atención, escuchan su palabra.

Todo, todo lo terrenal halla cabida entre sus brazos. Todo, para sobrenaturalizarse para llenarse de luz con aquella bendición que nos estremecía de pronto sacándonos de la vulgaridad terrena.

Pero en la tarea de salvar la ciudad temporal y llenarla de Esperanza, Pío XII acude con una devoción sencilla y poética a Nuestra Señora. Los momentos marianos, las etapas marianas de Pío XII aparecen así como otros tantos impulsos para salvar el mundo brindándolo a lo Sobrenatural.

En los primeros años de su Pontificado consagra el mundo al Inmaculado Corazón de María —es el Papa de Fátima—; define en 1950 el dogma de la Asunción; invoca a la Señora al proclamar la cruzada del Mundo Mejor; exalta sus glorias en la encíclica *Fulgens Corona*; establece su Realeza, la Fiesta de su Realeza sobre la realidad entera, sin mutilaciones, en la Encíclica *Ad Coeli Reginam* del Año Mariano de 1954.

---

*CRISTIANDAD que siempre se ha propuesto ser altavoz del pensamiento Pontificio, publicará próximamente diversos estudios sobre los complejos y múltiples aspectos de la actividad y enseñanzas del gran Papa Pío XII*



## TESTAMENTO DE PIO XII

*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*

Estas palabras que, consciente de ser indigno e inepto, pronuncié en el momento en que di, temblando, mi aceptación a la elección a Sumo Pontífice, con mucho mayor fundamento las repito ahora, cuando el convencimiento de las deficiencias, de las negligencias y de las culpas cometidas durante un pontificado tan largo y en una época tan grave, ha mostrado con mayor claridad a mi mente mi insuficiencia e indignidad.

Pido perdón humildemente a quienes haya podido ofender, perjudicar, escandalizar con las palabras y con las obras.

Ruego a aquellos a quienes compete, que no se ocupen ni preocupen de erigir monumento alguno a mi memoria; basta que mis pobres restos mortales sean colocados sencillamente en lugar sagrado, tanto más estimado cuanto más oscuro.

No es preciso recomendar sufragios por mi alma; sé cuán numerosos son aquellos que las normas consuetudinarias de la Sede Apostólica y la piedad de los fieles ofrecen para cada Papa difunto.

No tengo necesidad tampoco de dejar un «testamento espiritual», como acostumbran a hacer acertadamente tantos Prelados celosos; puesto que las muchas Actas y discursos emanados o pronunciados por mí por necesidades de oficio, bastan para dar a conocer a quienes por ventura lo desearan, mi pensamiento en torno a las diversas cuestiones religiosas y morales.

Esto supuesto, nombro como mi heredero universal a la Santa Sede Apostólica, de la que tanto he recibido, como de Madre amantísima.

15 Mayo 1956

# SORPRENDENTE COINCIDENCIA

## UN DOBLE TESTAMENTO

El día 15 de mayo de 1956 firmaba el gran Papa Pío XII su Testamento, la expresión de sus últimas voluntades, y que tan sólo se había de conocer después de su muerte. Entre resplandores de santidad moría el día 9 de octubre de este año 1958; y mientras el mundo entero le lloraba como al hombre más amado en toda la tierra durante la época actual, se ha dado a conocer aquel Testamento. Todos lo hemos leído sobrecogidos de admiración y de pasmo, llenos de profunda emoción y de altísima edificación, al ver que aquel hombre de Dios, que era grande a los ojos de todos los hombres, y seguramente también grande a los ojos de Dios, era pequeño a sus propios ojos. Es el Testamento de la humildad, tanto más encantadora cuanto más sincera, como expresión diáfana de lo que él sentía de sí mismo. Había implorado la piedad y misericordia del Señor con las palabras inmortales del versículo primero de aquel Salmo de la penitencia, el Salmo cincuenta, con que David expresó para todos los siglos el vivo sentimiento de los corazones contritos y humillados, al acogerse a la misericordia de Dios; la había implorado cuando (son palabras del mismo Papa) "consciente de ser indigno e inepto..., di mi aprobación, temblando, a la elección de Sumo Pontífice"; y el 15 de mayo de 1956, en el año décimooctavo de su Pontificado, repetía con los mismos acentos de profunda convicción la misma súplica a la piedad divina, cuando (continúa él) "la certidumbre de las deficiencias, de las faltas y de las culpas cometidas durante un Pontificado tan largo y en una época tan grave, ha mostrado con mayor claridad a mi mente mi insuficiencia". A continuación pide perdón humildemente a quienes haya podido ofender, perjudicar o humillar con obras o con palabras; y después da unas breves disposiciones, hijas también de la más íntima humildad y sencillez, que no se pueden leer, como lo anterior, sino con los ojos arrasados en lágrimas. Para entender este Testamento y para penetrar en el fondo maravilloso de esta gran humildad, hemos de acudir a lo que San Alonso Rodríguez llamaba "los misterios de las perfectas virtudes", las cuales en realidad, cuando son verdaderas y perfectas, son un misterio para nosotros; y tan sólo se puede levantar como una punta del velo de este misterio, tomando en nuestras manos el Evangelio de Jesucristo y las Epístolas de San Pablo. A la luz de la humildad del Dios hecho Hombre, y de las expresiones con que bendecía con-

movido al Padre Celestial, porque habiendo escondido sus secretos a los soberbios, presuntuosos y pagados de sí mismos, los había descubierto, paternalmente complacido, a los sencillos, a los que se tienen por pequeños a sus propios ojos, a los humildes, es como podemos entender en alguna manera este Testamento de humildad de Pío XII. Poco antes de terminarlo añade: "No tengo tampoco necesidad de dejar un testamento espiritual, porque los numerosos actos y discursos, emanados de mí, y pronunciados por necesidades de oficio, bastan para dar a conocer a quienes lo quisieren, mi pensamiento en torno a las diferentes cuestiones religiosas y morales".

Pues bien: en aquel mismo día 15 de mayo de 1956, en que el inmortal Pontífice firmaba ese su Testamento, y nos remitía a todo lo que constituía su testamento espiritual, firmaba también su Encíclica "Haurietis aquas" sobre el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, como para decirnos que en esta Encíclica culminaba su testamento espiritual, y que según su pensamiento y su íntima convicción, todas las cuestiones religiosas y morales, objeto de sus demás documentos, se habían de iluminar plenamente y se debían resolver en último término en el Corazón de Nuestro amantísimo Redentor Jesús.

Sorprende ciertamente, y sorprende con sentimientos de gozo y de gratitud, esta coincidencia: en un mismo día, mes y año, los dos documentos: su Testamento y su Encíclica sobre el Sagrado Corazón; la expresión de sus últimas voluntades, y la expresión de su más alto pensamiento, cifras y explicación de todos los demás.

Porque así es, y porque con lazo de oro se nos presentan unidos Testamento y Encíclica, como seguramente estaban unidas ambas cosas con indisoluble lazo en la mente y en el corazón de Pío XII, entiendo que ésta y no otra había de ser la introducción con que se abriese la puerta al modesto comentario de la Encíclica "Haurietis aquas", que a lo largo de varios artículos se digna admitir CRISTIANIDAD en su nuevo y pujante resurgimiento, en su nueva etapa, que sin duda va a llenar de bendiciones el Corazón Santísimo de Cristo, por medio del Corazón Inmaculado de María, mientras en el cielo las almas santas de los PP. Enrique Ramière y Ramón Orlandis, en unión de las demás almas que

han vivido la verdadera devoción al Corazón del Salvador, y con ella lo que es más íntimo en la Religión Cristiana y lo que es más alto en la perfección evangélica, presentan su intercesión suplicante en favor de los que confiando tan sólo en la gracia de Dios por Nuestro Señor Jesucristo deseamos seguir las pisadas de tan ilustres y santos antepasados.

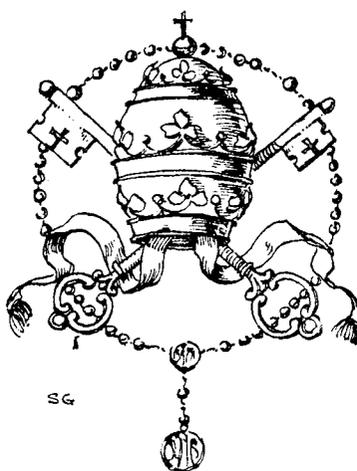
Este comentario será en estilo doctrinal lo que en forma homilética tuve el inefable consuelo de exponer a los asiduos participantes de aquella inolvidable Misa vespertina de todo el mes de junio de 1957, en la iglesia del Sagrado Corazón, de la calle de Caspe, de Barcelona, cuando en medio de aquella acertadísima dirección de la Misa dialogada por todos los fieles, y de la explicación, ungida de devoción, de la liturgia de la Iglesia en cada uno de los días del mes, me volvía, terminado el Evangelio; y al pie del Altar, como quien busca y espera inspiración del que a la vez es Altar, Sacerdote y Víctima, Jesucristo, fuí explicando desde el encabezamiento hasta la vibrante bendición final, toda la Encíclica "Haurietis aquas", punto por punto, sin dejar ni una tilde del luminoso pensamiento y de la maravillosa exposición de Pío XII. Y sentía que los mismos fieles, con su atención palpable, con su interés creciente, y con su edificante constancia en todos los treinta días del mes de junio, completaban, por decirlo así, la inspiración que notaba me provenía del Santo Altar. A una y otra inspiración, la del Señor y la de sus fieles, había precedido otra más íntima, buscada en la oración y en el estudio de la misma Encíclica.

Llena la Encíclica cuarenta y cinco páginas, tamaño folio, en la publicación oficial de la Iglesia Católica, *Acta Apostolicae Sedis*, vol. 48, de 31 de mayo de 1956, páginas 309-353. Y desde ahora para en adelante advierto que para la más ajustada interpretación del original latino, me he servido de la versión publicada en la edición popular de *El Mensajero del Corazón de Jesús*, de Bilbao, y de la que ofrece el P. Francisco Albarracín, S. I., en su precioso comentario a la Encíclica (Granada, 1956, Misioneras Hijas del Corazón de Jesús, Puentezuelas, 31, dpdo., págs. 47-127). En ese mismo comentario me inspiró frecuentemente; y también en el que con su acostumbrada solidez y abundancia de doctrina *Nuntius Apostolatus Orationis*, o sea la publicación que a manera de manuscrito destina a los Promotores del Apostolado de la Oración la Dirección General del mismo Apostolado, en Borgo S. Spirito, 5, Roma. Este comentario está en el número correspondiente al mes de noviembre de 1956.

El que como Maestro de la verdad nos enseñó en su inspirada Encíclica la doctrina segurísima de los fundamentos del culto al Sagrado Corazón, está ahora (lo podemos piadosamente dar por cierto) junto a la Fuente misma de toda Verdad y todo Bien; y por lo mismo nos puede alcanzar la gracia de entender y penetrar sus enseñanzas, y de vivirlas como él las vivió. Que el Santo Papa Pío XII, el del doble Testamento del 15 de mayo de 1956, ruegue por nosotros.

Valencia, en la fiesta de Santa Margarita María, 17 de octubre de 1958.

Roberto CAYUELA, S. I.



## LA RESTAURACION DEL REINO DE CRISTO POR MARIA NO PODRA DEJAR DE REALIZARSE

¡Venerables hermanos y muy amados hijos, peregrinos de Lourdes, que habéis tomado parte en el Congreso Mariano internacional celebrado en la ciudad de María! ¡Que puedan las ondas misteriosas e invisibles que os llevan con nuestra voz el testimonio de nuestro afecto e interés rebotar sobre el macizo rocoso de Massabielle y volver hasta Nos como mensajeras del entusiasmo y de la devoción que vibran en vuestras oraciones y vuestros cantos en honor de la Reina del cielo y de la tierra, a la que en este momento aclamáis, repitiendo una vez más “Ave María”!...

Durante todo el año hemos seguido desde Roma, que tantos lazos de unión cuenta con Lourdes desde que este nombre empezó a resonar en el mundo, el actual centenario: mediante nuestra palabra cuando era oportuno, mediante el pensamiento en todo momento y con la concesión de gracias muy especiales, manifestamos de todas las maneras posibles nuestro afecto paternal. Hemos tenido el testimonio, en la misma Ciudad Eterna, de la alegría y del consuelo espiritual de tantos de nuestros hijos, cuyos ojos radiantes parecían guardar aún el reflejo celeste de la gruta milagrosa que acababan de visitar.

Pero de todas las manifestaciones del centenario, el Congreso Mariano Internacional, preparado desde fecha lejana por insignes teólogos, es sin duda el acto más solemne. Un número impresionante de príncipes de la Iglesia, Arzobispos y Obispos, rodean a nuestro Legado, al que por especial designio hemos escogido para representarnos, a nuestro venerable hermano el Cardenal Decano del Sacro Colegio, por el cual sentimos una profunda estima y un vivo afecto. Nos complace en que sea él quien, en nuestro nombre, presida estas grandiosas ceremonias. De todo corazón también saludamos, con el Obispo de Tarbes y Lourdes y su coadjutor, a todas las altas personalidades religiosas y civiles presentes en el Congreso. Debemos igualmente expresar nuestra gratitud a las autoridades francesas por la acogida, llena de honor y de cortesía, que han reservado a nuestro insigne Legado, no menos que por las facilidades concedidas este año a millares de peregrinos venidos de las más lejanas regiones.

¡No lo dudéis, queridos congresistas! Es María quien, en una hora crítica de la humanidad, quiso recordar a sus hijos extraviados el verdadero sentido de la vida, mostrando su trascendencia fundamental y su unión con la otra vida, la vida que nos dará la verdadera y perfecta felicidad. Es Ella quien se digna enseñar, con la ternura y la pedagogía de una madre, los dos grandes medios esenciales para llegar a un fin tan elevado: la plegaria asidua y confiada y la indispensable mortificación cristiana que la sostiene. Su prudencia sobrenatural les indica el camino seguro: aquel que pasa con los representantes de su Hijo en la tierra, aquel que pasa por la Iglesia. Es Ella quien, angustiada por el bien de todos, lanza el gran llamamiento a las multitudes para que corran a beber esas aguas milagrosas, que curan tanto a las almas como a los cuerpos. Es Ella quien, con una dulzura indecible, ha querido de alguna manera permanecer entre nosotros para ser nuestro socorro perpetuo y nuestro seguro refugio, fortificando nuestra fe por nuevas e innumerables maravillas, sosteniendo nuestra esperanza mediante su misericordia inagotable y magnánima y avivando la llama de nuestra caridad con su belleza celeste, su bondad sin límites y sus favores sin número.

Y porque esto es así, hoy como en el siglo pasado; porque estamos seguros que jamás nos faltará su solitud y su asistencia; porque de esta gruta bendita — ¡oh Madre generosa! — no pueden cesar de descender sobre la tierra los torrentes de vuestras gracias maternales, como tampoco puede el agua dejar de correr por esos valles y el sol de derramar calor y luz, queremos proclamar bien alto, al fin del Congreso, que corona, en alguna forma, este incomparable centenario, nuestra certeza de que la restauración del reino de Cristo por María no podrá dejar de realizarse, porque es imposible que tal simiente, arrojada con tanta abundancia, no produzca los frutos más vigorosos.

Sabemos muy bien cómo los poderes del infierno se esfuerzan, de todas las maneras posibles, para asolar la herencia de María despojando a la juventud de su inocencia y de su pudor, atentando a la santidad y a la unidad del matrimonio, excitando unas contra

otras a las clases sociales, como si todos los hombres no fueran hermanos; oprimiendo a la Iglesia por todas partes donde ella logra introducirse, y propagando el más radical de los materialismos. Pero sabemos también que la sed de luz y de verdad palpita en el fondo de los corazones, que el sincero deseo de encontrar a Dios anima a las almas, incluso a aquellas que no pueden manifestarlo sin el riesgo de sus bienes y personas; sabemos la pujanza de las fuerzas espirituales, que apuntan en todas partes como anuncio de una espléndida primavera...

¡Hermanos e hijos muy queridos! ¡Pedid para el mundo, en esta hora solemne, todos los dones que os parezcan necesarios y oportunos, cada uno según las necesidades que conozca; pero pedid sobre todo que cesen odios y discordias, que las voces insolentes de la codicia y del orgullo sean reducidas al silencio, y que brille, en fin, sobre la tierra el sol gozoso y bienhechor de la paz tan deseada: la paz de Cristo, que sobrepasa a todo sentimiento, en el corazón de los hombres, en sus relaciones sociales e internacionales, consecuencia natural de la aplicación íntegra del Evangelio! ¡Pedid con vuestras plegarias el reino de Cristo, al que vuestra Madre muy querida os invita con su ejemplo, y para el cual su intercesión maternal os procura sin cesar todos los medios necesarios! ¿No posee Ella acaso un lugar privilegiado en él a causa de la función que la Providencia le ha querido asignar en la vida de la Iglesia y en la de cada uno de sus miembros?

He aquí por qué, ¡oh muy dulce Madre y muy poderosa Abogada!, habéis querido posar vuestro pie delicado sobre esta roca pirenaica y hacer de este valle ignorado un inmenso santuario, donde las nubes del cielo forman la bóveda; un santuario donde vuestro Hijo muy querido sea continuamente honrado en el sacramento de su amor, recibido con fervor en millares de pechos, que acaso saborean aún las dulzuras de la reconciliación, y constantemente invocado por los labios temblorosos de quienes vienen a confiarle un dolor, al que nadie en el mundo puede poner remedio.

Que sea esta vuestra obra, ¡oh Soberana de los ángeles y Reina de la paz! No dejéis tales triunfos confinados en los estrechos límites de vuestro santuario, sino que, de la misma forma que un torrente irresistible se extiende por los valles abiertos, llegando hasta las almas y sobrepasándolas, para finalmente llenarlo todo e inundarlo con la alegría y la fecundidad



de sus aguas vivas, que ellos así se extiendan a través de toda la tierra, purificando las almas, sanando las heridas, venciendo las dificultades, vivificando todas las cosas, de manera que, por vuestra poderosa intercesión y vuestro constante socorro, se realice finalmente el reino de Cristo: "Reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz"!

(Del Radiomensaje de Pío XII al Congreso Mariano de Lourdes).

# LA REALEZA DE MARIA EN LAS ENSEÑANZAS DE PIO XII

La Historia de la doctrina de la Realeza de María la jalonan algunas fechas importantes que han sido subrayadas en las ponencias leídas en el Congreso Mariano de Lourdes (septiembre 1958). Algunos textos resumen y puntualizan el camino recorrido en el pasado y nos guían en el curso de un nuevo avance en el porvenir.

La carta Encíclica de Su Santidad Pío XII sobre la Realeza de María publicada el 2 de octubre de 1954 en la fiesta de la Maternidad divina, es sin duda el documento más importante que poseemos sobre este punto (1).

El Soberano Pontífice no tuvo la intención de proponer a nuestra fe una nueva verdad en la que tengamos que creer. El mismo título y los argumentos que justifican la dignidad Real de María han sido en todo tiempo probadamente formales y se encuentran en los libros litúrgicos. La Realeza de María está contenida en las fuentes de la Revelación: La Sagrada Escritura y la Tradición (2).

Examinemos primero lo que concierne a la Sagrada Escritura. En su alocución de 1.º de noviembre de 1954, Pío XII no se expresará más que de una manera alusiva, pero es mucho más explícito en la Encíclica.

“El origen de sus glorias, el momento solemne que iluminó su persona y su misión, es aquel, en que, llena de gracia, contestó al Arcángel Gabriel el *Fiat* que expresaba su aquiescencia a las disposiciones divinas; es así como Ella vino a ser Madre de Dios y Reina, y recibió el oficio real de velar sobre la unidad y la paz del género humano. Y como ella envolvió en otro tiempo con su manto al Niño divino, primogénito de

todas las criaturas y de toda la Creación (Col. 1. 15), que se digne también envolver ahora a todos los hombres y a todos los pueblos con su virginal ternura, que se digne, Ella que es trono de la Sabiduría, hacer que resplandezca la verdad de las palabras inspiradas que la Iglesia aplica a su persona: *Per me reges regnant et legum conditores juste decernunt.*

El Santo Padre se refiere, pues, al Capítulo 1.º de San Lucas y recuerda el pasaje de los Proverbios (VIII, 15) que se lee en el 1.º nocturno del Común de las Fiestas de la Virgen.

En la encíclica, Pío XII habla de un fundamento escriturístico; pero este argumento escriturístico, con todo y ser real, está englobado en el argumento tradicional y de tal modo le está incorporado que es imposible sustraerlo. Leamos de nuevo el texto:

“El pueblo cristiano, también en los siglos pasados creía con razón que aquella de quien nació el Hijo del Altísimo, que “reinará para siempre en la casa de Jacob” (Luc. 1. 32), “Príncipe de la Paz” (Isaías IX, 6), “Rey de los Reyes y Señor de los Señores” (Apoc. XI, 16) había recibido más que toda otra criatura, gracias y privilegios únicos; considerando también las estrechas relaciones que unían la Madre al Hijo, reconoció sin dificultad la excelencia Real de la Madre de Dios por encima de todo. Por eso no es de extrañar que los antiguos escritores eclesiásticos apoyados en la palabra del Arcángel San Gabriel pronosticando que el Hijo de María reinaría eternamente (Luc. I, 32, 33) y en la de Santa Isabel que al saludarla con respeto la llamó “Madre de mi Señor” (Luc. 1, 4, 43), hayan ya llamado a María “la Madre del Rey”, la “Madre de mi Señor”. Lucas muestra claramente que en virtud de la dignidad Real de su Hijo posee una grandeza y una excelencia particular.”

Pío XII cita todavía un poco más adelante Luc. 1, 43. Encarga a los teólogos que “profundicen y prolonguen el argumento escriturístico en favor de la Realeza.”

El argumento de la tradición está desarrollado con mucha más amplitud y realmente no hay que extrañarlo. Se alinean las citas tomadas de los Padres y los escritores eclesiásticos. Efrén, Gregorio Nazianceno, Prudencio, Orígenes, Jerónimo, Pedro Crisólogo, Epi-

(1) El año 1958 es el 25 aniversario del movimiento en pro de la Realeza de María. Maria Morbidelli, hija de María de la Parroquia de San Camilo de Roma, atacada de tuberculosis pulmonar, intestinal y ósea fué conducida a Lourdes en 1933 por séptima vez. En el momento en que tenía lugar la clausura de una peregrinación francesa, el Arzobispo de Sens, S. E. Mons. Feltin, hoy Cardenal-Arzobispo de París, dió la Bendición papal y la joven pidió su curación “en nombre del Papa”. El mal desapareció instantáneamente. Como reconocimiento por este beneficio, un grupo de italianos lanzó la idea de establecer una fiesta en honor de la Virgen Santísima, fiesta aun no inscrita en el calendario litúrgico, la fiesta de la Realeza de María, correspondiendo a la fiesta de Cristo-Rey. La idea fué tomando pie.

(2) En el Tomo I de *María*, editado por Beauchesne, 1949, se encuentra un artículo de P. G. M. Roschini, O. S. M. p. 601-619. En el Tomo V ha sido publicada la traducción francesa de la encíclica “*Ad coeli Reginam*”, p. 1052-1066 y una bibliografía sobre la Realeza de María, p. 1072 y ss.

fanos de Constantinopla, Juan Damasceno, Ildefonso de Toledo. "A partir de estos testimonios y otros semejantes que se remontan a la antigüedad, leemos en la encíclica, los teólogos de la Iglesia han elaborado la doctrina según la cual ellos llamaban a la Santísima Virgen, Reina de todas las criaturas, Reina del Mundo, Soberana del Universo. Los Pastores supremos de la Iglesia han estimado como propio deber aprobar y alentar con sus exhortaciones y sus alabanzas la piedad del pueblo cristiano hacia su Madre del cielo y su Reina."

Siguen aquí los nombres de Martín I, de Agaton, de Gregorio II, de Sixto IV y algo más adelante de papas más recientes. Este epígrafe termina con una cita de Alfonso de Ligorio, tomada de *Glorias de María*: "Puesto que la Virgen María ha sido elevada a la dignidad de Madre de Dios, es justo que la Iglesia le haya otorgado el título de Reina."

Un desarrollo importante corresponde a la liturgia. Los Menées, en la liturgia armenia, el oficio akatista en el rito bizantino, el Misal etiópico, el Breviario romano, aportan una multitud de testimonios. Junto a las Antifonas: *Salve Regina*, *Regina Coeli Laetare*, *Regina coelorum*, es preciso destacar las invocaciones a María Reina, que se encuentran en las Letanías Lauretanas y no olvidar que en el Rosario se invita a meditar sobre el quinto misterio glorioso. La oración privada que se une a la liturgia oficial es a su vez como un fiel espejo de la doctrina transmitida por los antiguos y creída por el pueblo cristiano a través de las edades.

*El arte cristiano*. No conviene pasar en silencio el arte apoyado en los principios cristianos e inspirado por su espíritu, que interpreta exactamente desde el concilio de Efeso, la piedad auténtica y espontánea de los fieles.

De este examen de las fuentes de la Revelación se desprenden plenamente luminosos los fundamentos de la Realeza: *Maternidad divina* y *Cooperación de María a la Redención*. La sublime dignidad de María de la cual tratamos (plenitud de gracia desde el principio de su Concepción) ¿constituye un tercer fundamento? Algunos lo piensan, pero la mayoría de los teólogos atribuye esta dignidad sublime de María a su Maternidad que comporta de hecho una exigencia de santidad.

Examinemos con más detalle las relaciones entre la Realeza y la Maternidad divina. Que son inseparables se afirma claramente en el pasaje de la alocución de 1 noviembre de 1954, citado con anterioridad. Es particularmente interesante hacer constar que en la encí-

clica se complace el Papa poniendo constantemente de relieve el aspecto maternal de la Realeza; *Regina Materque Christiani populi; Regali gaudet potestate et materno flagrat amore; Reginam et parentem; Coelestis Reginae nostraeque Matris amantissimae*. La frecuente aproximación de los dos títulos subrayan el carácter maternal de la Realeza, carácter que aparece especialmente en el siguiente texto:

El *praecipuum principium* sobre el que se funda la dignidad Real de María, ya evidente en los textos de la tradición antigua y en la santa liturgia, es sin duda su maternidad divina. En los Libros Santos en efecto, se afirma del Hijo que será engendrado por la Virgen: "Será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin" (Luc. 1. 33). De ahí se sigue lógicamente que Ella misma es Reina, puesto que Ella ha dado la vida a un Hijo que, desde el instante de su concepción, aun como hombre, era, a causa de la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo, Rey y Señor de todas las cosas. San Juan Damasceno tiene, pues, razón de escribir: "Ella es verdaderamente convertida en soberana de toda la creación en el momento en que se convierte en Madre del Creador" y el mismo arcángel Gabriel puede ser llamado heraldo de la dignidad Real de María."

Sobre las relaciones que existen entre la Realeza y la Corredención, el Santo Padre no es menos conciso: "La Bienaventurada Virgen debe ser proclamada Reina — dice — no solamente a causa de su Maternidad divina, sino también porque según la voluntad de Dios ha tenido en la obra de nuestra salud eterna una misión eminentísima." Sigue una evocación de la encíclica *Quas primas* de Pío XI: "Cristo es nuestro Rey no solamente por derecho de nacimiento, sino también por un derecho adquirido, es decir, por la Redención." Luego para expresar la asociación de María, el autor de *Ad coeli Reginam* toma del Tracto de la Misa de Nuestra Señora de los Dolores un pasaje de Eadmer y otro de Suárez. Cita la carta *Auspicatus* de Pío XI y la conclusión de *Mystici Corporis*: "Como Cristo, nuevo Adán, es nuestro Rey porque El no sólo es Hijo de Dios, sino también nuestro Redentor, del mismo modo por una cierta analogía, se puede afirmar que la Santísima Virgen es Reina no sólo porque es Madre de Dios sino también porque como nueva Eva, fué asociada al nuevo Adán."

H. DU MANOIR, S. I.

París, septiembre 1958.

# LA REALEZA DE MARIA EN LA LITURGIA

Un estudio completo del tema propuesto debería en principio explorar las Liturgias Orientales: pero la dificultad para encontrar y fechar los textos no permite emprender estas investigaciones tratándose de un trabajo que ha de ser forzosamente limitado. Refiriéndose a los textos ya traducidos y publicados, especialmente de la Patrología Oriental, se puede afirmar que la Realeza de María es profesada explícitamente en todas las Iglesias de Oriente. María es la "Reina Inmaculada", porque Ella es Madre de Dios, porque Ella es la más santa de todas las criaturas, porque, mediadora universal, ejerce su poder sobre todo el universo. En primer lugar ejerce estas prerrogativas primero por su oración intercesora, pero también alentando e iluminando las almas en el camino de salvación. Esta afirmación de la Realeza universal de María aparece casi siempre en el corazón mismo de la Liturgia del texto de la Anáfora Eucarística. Este caso se da notablemente en la antiquísima Liturgia de Santiago, en las Anáforas siríacas, etiópica, copta, etc. Se trata pues aquí de un punto unánimemente admitido como esencial a la doctrina marial, en todo el Oriente cristiano.

Pero entre estas Liturgias, la bizantina merece una mención especialísima. Como las demás, proclama solemnemente la Realeza de María en el curso de la Anáfora, entre la "epiclese" y la plegaria de intercesión. Pero es especialmente en las innumerables "Theotokia" con que acaban cada una de las Odas litúrgicas, donde se pueden recopilar los testimonios más explícitos y más abundantes. La Realeza de María está allí expresada por los diversos títulos de "Despoina", "Kuria", "Annasa", "Basilissa", con frecuencia puntualizados por complementos que magnifican aún más su grandeza y universalidad. Un estudio atento de los documentos evidencia por otra parte el progreso continuo de estas afirmaciones. Romanos le Malode no da todavía a María el título de Reina. Pero San Germán de Constantinopla consagrará a la Soberanía de María uno de sus más bellos poemas litúrgicos.

San Andrés de Creta, San Juan Damasceno, hablarán del mismo modo, después los autores del "Triodion". Pero el gran cantor de la Realeza de María será San José el Himnógrafo que, en el curso de su "Marial" desarrolla sucesivamente todos los múltiples aspectos de la Soberanía marial y muestra sus fun-

damentos y sus efectos. A los pies de esta Reina los cristianos son "douloi", es decir, servidores, o sea esclavos que ellos mismos se han entregado al servicio de María.

\* \* \*

Entre las liturgias latinas, se hace preciso en principio mencionar las liturgias galicanas que nos han dejado hermosísimos testimonios. Tal es, en efecto, el Prefacio galicano de la Asunción que muestra a los Apóstoles apresurándose a rendir los honores a su Reina. Entre las oraciones de la liturgia mozárabe consagradas a María es preciso dar lugar eminente a aquellas que, para la fiesta marial del mes de diciembre, expresan en términos extremadamente enérgicos la sumisión de los cristianos a María. Una de ellas, intitulada "Completeria", se expresa en estos términos:

*"Vos que fuisteis la Madre del Creador, glorificad por la complacencia en vuestro servicio a aquellos que veis llegarse a Vos para presentaros sus homenajes. Que vuestra oración nos reconforte, a nosotros, que ciframos nuestra felicidad en gozar del yugo suavísimo de vuestra servidumbre. Obtenednos, a nosotros, que celebramos aquí con alabanzas vuestra Concepción (del Salvador), vivir continuamente en vuestro servicio (in tua perpetim servitute vivamus)... etc."*

Así expresado se encuentra desde el siglo VII (esta hermosa oración parece haber sido compuesta por San Ildefonso de Toledo) toda la doctrina marial que más tarde, en el siglo XVII, volverá a tomar la escuela francesa y San Luis María Grignon de Monfort. Se comprende cómo en otra oración del mismo Oficio mozárabe se puede saludar a María como la *Gloriosa saeculi Dominatrix*.

La liturgia romana se manifiesta en este punto más discreta. Solamente en el siglo VII, al acoger las fiestas orientales de la Asunción y la Natividad es cuando cantará también la Soberanía de María. Se conocen las bellas antífonas de la Asunción que remontan por lo menos a principios del siglo IX "*Hodie Maria Virgo coelos ascendit, gaudete quia cum Cristo regnat in aeternum*", "*Beata Mater et innupta Virgo, gloriosa Regina mundi...*". Las antífonas "*Adest Namque*" y "*Regali ex progenie*", para la Natividad de María, destacan que la Virgen nació de estirpe Real. A partir del siglo XI, numerosas antífonas mariales celebran la

Reina del cielo y de la tierra. Es a fines de este siglo cuando aparecen las grandes antifonas "Ave Regina caelorum" y "Salve Regina misericordiae". El acento patético de esta última oración ha hecho de ella una de las preferidas por los devotos cristianos. Pasada la edad media ha quedado como el canto más popular dirigido a la Realeza y a la misericordia de Nuestra Señora.

A las Antifonas se añaden los Resposos: "Super salutem... Regina caelorum vocari digna es", "Ornata monilibus", etc. "Haec est Virgo prudens et humilis, quae in aula Regis enutriri meruit, propter quod et meruit vocari Regina caelorum"; todas datan por lo menos del siglo IX puesto que están en el Responso de Compiègne, la bella Antífona rimada compuesta por Pedro el Venerable, Abad de Cluny:

"Ave Stella matutina, Mundi Princeps et Regina... O Sponsa Dei electa."

Otra se conserva en los libros dominicanos: "Ave Regina caelorum, Mater Regis Angelorum". En el siglo XIII, Pedro Corbeil compuso, para la diócesis de Sens, una Misa de la Asunción en la que todas sus partes magnifican la Realeza de la Virgen "Empera-

triz de los Cielos". El autor ha insertado la bella prosa "Aurea virga" muy extendida en Francia desde el siglo XI, de la que copiamos algunas estrofas:

"Tu benedicta  
Regem in saecula paries  
Effecta orbis Regina...  
Jam cum Deo regnas  
Nostra excusa clemens mala,  
Poscens cuncta bona, O benigna."

"Tu es pulchra Dei sponsa  
Tu Regem Christum enixa  
Domina es in coelo et in terra  
Mediatrice nostra  
Quae est post Deum spes sola  
Tuo Filio nos repraesenta."

Entre estos testimonios de la Iglesia de Francia, es preciso reservar lugar especial a la oración compuesta en el siglo XVII para la procesión del 15 de agosto con motivo del cumplimiento del voto de Luis XIII. Se dice a propósito del rey de Francia:

"...ut qui ejusdem Virginis imperio se et populum suum mancipavit, et ipsius servituti devota sponsione hac die consecravit, perenni in hac vita tranquillitatis ac pacis, et aeternae libertatis, in coelo praemia consequatur".

Esta bella composición recuerda la oración mozárabe de San Ildefonso, y expresa la forma de devoción marial cara a los cristianos del siglo XVII.

Estas aclamaciones a la Reina del universo, aunque sean muy numerosas, no guardan el estilo con que la Liturgia romana celebra con más frecuencia la soberanía de la Virgen. La mayor parte de las veces prefiere otra clase de expresión, más discreta, y por lo tanto más profunda: canta con preferencia la Realeza de María proclamando la Realeza de su Hijo. Muestra así que María es Reina porque es Madre de Cristo-Rey. Los ejemplos abundan. Baste recordar el Introito "Salve, Sancta Parens, enixa puerpera Regem qui caelum terramque regit." El Invitatorio de la Asunción: "Venite adoremus Regem regum, cujus hodie ad aethereum Virgo Mater assumpta est caelum", la Antífona "Maria assumpta est ad aethereum thalamum in quo Rex regum stellato sedet solio", la Antífona de Navidad "Genuit Puerpera Regem", el Responso "Beata progenies... O quam gloriosa est Virgo quae caeli Regem genuit!" y el hermoso responso de la Natividad: "Solem justitiae Regem paritura supremum Stella maris hodie processit". Sería preciso añadir el himno



"*Quem terra, pontus, aethera... Trinam regentem machinam, claustrum Mariae baiulat*" y muchos otros. Este pensamiento tan delicado se expresó en otro tiempo en un hermoso Responso de la Asunción que ya no se usa: "*Quae est ista quae penetravit coelos, ad cuius transitum Salvator advenit et induxit eam in thalamo regni sui, ubi cantatur organa hymnorum quae ab angelis in laudem Regis aeterni sine fine resonant.*"

Visiblemente en todas estas oraciones, se oye glorificar a Nuestra Señora como Reina por el solo hecho de que se proclama la Realeza de su Hijo. Se ve así que la Iglesia romana, exaltando a María, no lo hace jamás a expensas de la gloria de Jesús a quien la Virgen debe todas sus grandezas.

La himnología marial de nuestra Liturgia latina abunda, también, en estrofas consagradas a la Realeza de María. Entre los himnos que todavía se usan en el Breviario, es preciso citar de un modo especial los himnos de la fiesta del Santísimo Rosario, de la Maternidad divina y los más recientes de la Asunción y María Reina.

Gustosamente copiamos un antiguo himno a la Asunción que, desgraciadamente, no se usa en el Oficio:

*"O quam glorifica luce coruscas  
Stirpis davidicae regia proles  
Sublimis residens Virgo Maria  
Supra caeligenas aetheris omnes!"*

La célebre secuencia "*Ave Maria gratia plena*" compuesta en el siglo XI, muestra a María alabada por toda la corte celestial, Madre e Hija del Rey, dispensadora de perdón y de gracia. Otra, del siglo siguiente: "*Mittit ad Virginem*" atribuye a María una parte del "*Imperium*" divino:

*"Matremque faciat secum participem Patris imperii."*

Si tratáramos de inventariar todo el contenido marial de la Analecta Hímnica del P. Dreves, sería preciso citar varios centenares de textos. Limitémonos a citar las ideas principales que allí se desarrollan:

Los nombres de Reina o Emperatriz son espontáneamente concedidos a María. Es la Reina del cielo, de la tierra, del mundo, de los Angeles. Es también la Emperatriz de las reinas, la Reina de virtud, la Reina de gloria, la Reina de los pueblos, la Reina de las vírgenes, la Reina de Misericordia. Los aspectos más frecuentemente evocados son: en primer lugar la Realeza de excelencia y la que pertenece de derecho a la

Madre del divino Rey; otros textos recuerdan que María ha nacido de estirpe real.

Un número considerable ven en ella la "Esposa de Dios", y a veces la "Esposa del Rey". Un himno del siglo X la nombra a la vez "*Matrem, et Sponsam, Sororem et Filiam Regis magni.*" Otro le da el título de "*Christo sociata*" tan caro a la mariología contemporánea. Y esta Reina es "todopoderosa".

Muestra que por acuerdo unánime y sin interrupción repetido, la intercesión es la forma habitual en que la Virgen ejerce esta soberanía; así la Reina nos concilia el Rey de misericordia, nos obtiene el perdón de nuestros pecados y el acceso al Reino de los cielos.

Entre los títulos que son fundamento de la Realeza de María, y que no aparece en la Liturgia hasta relativamente muy tarde, está el de la cooperación de María en el Sacrificio del Calvario. Los primeros himnos de la *Compassión*, aun hablando de los sufrimientos y del sacrificio de María, no deducen todavía de ello un derecho a reinar con su Hijo. Parece que se enunció por primera vez esta verdad en una secuencia alemana del año 1480:

*Sic Christo praemittitur, cum quo crucifigitur  
Cruce mentis intima, Christum sequem igitur  
Regnanti conjungitur, parte fruens optima.*

La estrecha conexión entre la *Compassion* y la Realeza de María será invocada más tarde con mucha insistencia en la nueva liturgia compuesta para la fiesta de María-Reina. No podemos hacer aquí el análisis completo de este Oficio que ya ha sido hecho por el R. P. Bugnini; digamos solamente que resume toda la doctrina progresivamente explicitada en el curso de los siglos. No puede dejarse de admirar el carácter tan homogéneo de este desarrollo, tan alejado de fantasías y de innovaciones sorprendentes. La Liturgia por otra parte no podría reducirse a una simple enseñanza didáctica. Tiene un proceso más viviente y dilatado. Para celebrar como conviene la Reina del universo, la Iglesia sabe que todo medio puramente racional, o lo que es lo mismo, puramente humano, quedaría insuficiente; para elevarse a tal misterio no puede menos que tomar los acentos más espirituales de una oración llena de fe, de confianza y de caridad sobrenatural. Por otra parte ¿la Iglesia en esta plegaria no imita del modo más perfecto a su Reina, cuya obra primera e incesante consiste en orar por sus hijos?

Dom Georges FRENAUD, O. S. B.

Solesmes, octubre 1958.

# ¿HAY QUE "CREER" EN LOURDES?

La infalibilidad de la Iglesia no está comprometida en la realidad de las 18 apariciones, sino exclusivamente en la enseñanza dogmática y moral que imparte a propósito del hecho de Lourdes. El católico no hace, no puede hacer un acto de fe, en el sentido estricto del término, en las apariciones de la Virgen en Lourdes (y esto vale también para "rue du Bac", la Salette, Fátima); hace un acto de fe en la misión privilegiada de María en la historia de la salvación de la humanidad, porque esto es lo que forma parte de la Revelación de Dios a los hombres.

Algunos dirán: "Si no se trata de un artículo de fe, soy libre entonces de dar o de rehusar mi asentimiento... Todo o nada". Sin embargo, la vida no se expresa en forma de dilema o de alternativa.

El conocimiento religioso se sitúa en niveles diversos... Es una aberración el exigir a propósito de todo lo que se dice en la Iglesia una adhesión idénticamente absoluta, como los maximalistas de la fe. Otra aberración igualmente grave es la de no aceptar sino los dogmas rigurosamente definidos, como pretenden los minimalistas de la fe.

En *sentido estricto*, pues, yo no "creo", por un acto de fe teologal, que María se haya aparecido en Lourdes; creo, sin embargo, con una certeza particular, ni puramente humana, ni sobrenatural, que María se ha aparecido efectivamente en Lourdes. Se trata de una suerte de refracción de la fe teologal sobre un hecho histórico que no pertenece al depósito revelado. Poner en duda la autenticidad general de los hechos, sería para un católico imprudencia y temeridad, sean cual fueren sus exigencias y su cultura intelectual.

La prudencia me invita a la aceptación: personas calificadas han realizado una encuesta precisa y directa: Mons. Laurence ha esperado cuatro años para declarar el 18 de enero de 1862 que "la aparición reviste todos los caracteres de la verdad y que los fieles pueden, con razón y fundamento, creerla cierta". El sentido de la Iglesia me conduce a lo mismo, su liturgia, las intervenciones solemnes del Pontificado, los estímulos de la Jerarquía, la adhesión con que todo el pueblo fiel, la Iglesia entera, han aceptado el hecho de Lourdes. Más aún, Lourdes ocupa un lugar tal en la vida de la Iglesia contemporánea, que un creyente se ve obligado a descartar, en sus orígenes, la ilusión, y el engaño, y, en su desarrollo, a admitir una evidente intervención del Espíritu Santo.

Este punto de vista, que constituye para el católico la certeza más tranquilizadora y más exigente, a la vez, sólo puede ser comprendido por quien mira a la Iglesia con los ojos de la fe. La Iglesia no es una sociedad como las otras. Es humana y divina a la vez. Del hombre le vienen sus fracasos, sus desvíos, sus pecados; de Dios, la salvación, su verdad, su santidad. La Iglesia, inspirada por el Espíritu de verdad, movida por su instinto maternal, discierne lo verdadero de lo falso; ella sabe lo que es bueno y lo que es malo para sus hijos.

La Iglesia no favorece a los visionarios. La dureza del abate Peyramale y los silencios del obispo revelan algo más que una simple reserva; son la expresión de una cierta indiferencia: ellos no tenían ninguna necesidad de todo aquello para fortalecer su fe y crecer en devoción. Pero ellos sabían que Dios puede intervenir, y que de hecho interviene cuando quiere y como quiere...

Por eso ha habido siempre en la Iglesia apariciones y milagros. Las apariciones, y los milagros, se han multiplicado en los últimos cien años. Es decir, durante el lapso en que se pretendía cerrar el Cielo, por defunción, el tiempo en que un determinismo científico pretendía eliminar del universo la acción de una libertad tan poderosa como buena. Todo ello demuestra que Dios no se desinteresa de la humanidad, de su pueblo, de su Iglesia. Opera siempre, y siempre poderosamente, si bien con un estilo siempre nuevo, adecuado a la economía eterna de la salvación y a las necesidades particulares de la época...

En Lourdes se hace tangible al hombre de nuestra generación, la esencia misma de la intrusión de Dios, la intervención de Dios en la historia. Esta intervención no es una intervención cualquiera. Debe tener una relación con Jesús, el Testigo, la Palabra. Y es notable que el acto principal de la oración de Lourdes sea la procesión del Santísimo Sacramento.

Ciertamente la Virgen se apareció a Bernardette. Pero más bien es el Cristo del Evangelio quien está más presente en Lourdes. Es cierto que está presente en todas partes; en la Iglesia, en el tabernáculo. Pero ha querido elegir un lugar en el que, por deferencia a nuestra debilidad, quiere afirmar su presencia haciéndola más sensible a nuestros corazones.

Monseñor THÉAS,  
Obispo de Tarbes-Lourdes

De la "Revue de Deux Mondes".

# PIO XII Y LA UNION EUROPEA

*La figura del desaparecido Papa Pío XII, puede ser enjuiciada desde tantos aspectos, que constituye ya un tópico hablar del Papa de los obreros, del Papa de la Técnica, del Papa de la Palabra o del Pontífice de la sugestión colectiva, al referirnos a su persona.*

*En el mes de abril de 1955 tuvimos el atrevimiento de publicar un pequeño trabajo comentando el pensamiento de Pío XII sobre la unidad de Europa y cometimos el, todavía mayor, atrevimiento, de ofrecer unos ejemplares de la obra al propio Soberano Pontífice. El 5 de mayo siguiente, recibimos de la Secretaría de Estado de Su Santidad y firmada por el Cardenal Dell'Acqua, una carta en la que textualmente nos decía que «he puesto en las manos del Augusto Pontífice el ejemplar de su opúsculo «La Unidad de Europa» y tengo a bien manifestarle la paternal benevolencia con que El lo ha acogido. Su Santidad le da las gracias por este devoto homenaje y por su interés en divulgar el pensamiento del Vicario de Cristo sobre este problema...»*

*Emocionados por el tránsito del Papa, creemos cumplir un deber reiterando en estas páginas el comentario sobre un tema del cual nos consta, directa y personalísimamente, estaba interesado como sobre pocos más, Eugenio Pacelli.*

Desde el día 2 de junio de 1948, en que el Papa Pío XII se dirigió al Colegio Cardenalicio hasta el 9 de octubre de 1958, fecha de su muerte, las fuentes de su pensamiento sobre la unidad europea, aparecen expuestas en las cartas, discursos o alocuciones siguientes:

1. — 2 junio 1948. Al Sacro Colegio Cardenalicio.
2. — 11 noviembre 1948. Al Congreso de la Unión Europea de Federaciones.
3. — 15 julio 1950. Al Comité Internacional de Derecho Privado.
4. — 6 abril 1951. Al Congreso del Movimiento para un Confederación Mundial.
5. — 17 julio 1952. A la Federación de Mujeres Católicas Alemanas.
6. — 23 julio 1952. A "Pax Christi".
7. — 13 septiembre 1952. Al movimiento "Pax Christi".
8. — 15 marzo 1953. A profesores del Colegio de Europa, en Brujas.
9. — 23 diciembre 1953. Radiomensaje navideño.
10. — 19 noviembre 1956. A la Campaña Europea de la Juventud.
11. — 18 octubre 1956. Al Comité de la Unión Europea Occidental.
12. — 23 diciembre 1956. Mensaje de Navidad.
13. — 28 marzo 1957. A un grupo de jóvenes alemanes.
14. — 13 junio 1957. Al Congreso de Europa.
15. — 4 noviembre 1957. A la Comunidad del Carbón y Acero.
16. — 10 noviembre 1957. A los Maestros Católicos.
17. — 27 noviembre 1957. Al Presidente Heuss.

En resumen, Pío XII ha hablado directamente del problema de Europa en diecisiete ocasiones, a saber, dos veces en 1948, en una ocasión en 1950 y en 1951, tres veces en 1952, dos veces en 1953, tres veces en 1956 y en cinco ocasiones en 1957; durante los años 49 y 58 no ha dicho nada directamente sobre el tema.

Pío XII ha prodigado en sus discursos una serie de enseñanzas de carácter general en relación con Europa, pero tampoco ha desdeñado aspectos más particulares de la cuestión, ofreciéndonos una rica problemática, resuelta a la luz de los principios de nuestra doctrina perenne.

Veamos, con las mismas palabras del Pontífice, sus ideas sobre los aspectos generales del problema político de la unidad de Europa.

a) *La unidad es deseable y urgente*, así se afirma en los siguientes textos:

"Nadie duda que el establecimiento de una unión europea ofrece serias dificultades. Y, sin embargo, no hay tiempo que perder. Si se quiere que esta unión logre su fin, si se desea que sirva de utilidad a la causa de la paz económica y política intercontinental, es de urgencia que se haga cuanto antes. Algunos se preguntan si no será ya demasiado tarde" (1).

"La idea paneuropea, el Consejo de Europa y aun otros movimientos, son una manifestación de la necesidad en que nos hallamos de romper, o por lo menos dulcificar, en la política y en la economía, la rigidez del viejo cuadro de las fronteras geográficas, de formar con los países grandes grupos de vida y de acción común" (2).

(1) Discurso de 11 de noviembre de 1948 al Congreso de la Unión Europea de Federalistas.

(2) Alocución de 15 de julio de 1950 al Comité Internacional de Derecho Privado.

“Ha llegado según parece, el tiempo de que el proyecto (de la unión de Europa) se convierta en realidad. Por lo tanto, Nos exhortamos a la acción de todos los políticos cristianos, a quienes bastará recordar que toda unión pacífica de pueblos, fué siempre vehementemente deseo del cristianismo.” Más todavía, una política exterior común a toda Europa, “es indispensable en un mundo que tiende a agruparse en bloques más o menos compactos” (3).

“Por lo tanto, una concreta exigencia de esta hora, uno de los medios para asegurar a todo el mundo la paz y una fructuosa herencia del bien... es reforzar la solidaridad de Europa” (4).

Y esta unión, urgente, ya sabe Pío XII que costará sacrificios a los Estados, porque “entrar en una comunidad más vasta no se hace nunca sin sacrificios, pero es necesario y urgente comprender el carácter ineluctable y en definitiva bienhechor” (5). En definitiva, la creación de una Europa unida, “es una gran obra y Nos no hemos cesado de decir cuánto apreciamos los progresos realizados en este sentido” (6).

b) *Condiciones para la deseada unión son las siguientes:*

“La unión europea debe descansar, si quiere mantenerse en equilibrio, sobre una base moral inquebrantable” (7).

“La unión debe efectuarse sin empeño exagerado de uniformidad... sin nivelación forzosa... con respeto a las características culturales de cada uno de los pueblos.” “No se trata de abolir las patrias ni de fundir arbitrariamente las razas” (8).

La misión principal de Europa ha de ser “por encima del fin económico y político... la defensa de los valores espirituales que en otro tiempo constituían la base y fundamento de su existencia” (9). Porque cuando se trata de salvar a Europa y a su civilización, no se trata sólo y en primer lugar de los valores materiales, “sino antes que nada de esas fuerzas morales y espirituales que deben sobre todo impregnar una cul-

tura cuando ésta quiere garantizar y favorecer la dignidad y libertad del hombre” (10).

Y es que Europa, a pesar de sus infidelidades, traiciones y resistencia al plan divino, merced al mensaje cristiano, “el más precioso de los valores de los que es depositaria, es capaz de guardar su integridad y su vigor, con la idea y el ejercicio de las libertades fundamentales de la persona humana, la función de las sociedades familiar y nacional, y de garantizar, en una comunidad supranacional, el respeto de las diferencias culturales, el espíritu de conciliación y de colaboración y la aceptación de los sacrificios que comporta y las obligaciones que representa” (11). A su vez esta comunidad de intereses espirituales, es la única que “puede juntar durablemente a los hombres” porque no está fundada “sobre la satisfacción de necesidades materiales, sino sobre la percepción de valores espirituales comunes” (12).

La unidad europea, habrá de producir frutos beneficiosos, no sólo en la defensa de esos valores espirituales, sino también en el campo social; así la simple constitución de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, ha representado un progreso social, “velando por la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, asegurando el empleo de los obreros parados por consecuencia de una mayor mecanización, manteniendo el nivel de salarios, procurando a los interesados indemnizaciones a plazo, de transferencia y de adaptación técnica, procurando sitios destinados a crear nuevos puestos de trabajo o a construir viviendas para las familias obreras... permite a una primera categoría de obreros cualificados la libre circulación de un país a otro... la igualdad de las condiciones sociales que aquélla (la C. E. C. A.) debe establecer progresivamente, entre obreros de la misma categoría a través de la nueva Europa, tendrá ciertamente profundas repercusiones” (13). E incluso en el campo de la información social, también se lograrán ventajas, tales como “la publicación regular de informaciones de primera mano obtenidas sobre la situación del mercado de la producción, la posibilidad ofrecida a los sindicatos de trabajadores para participar en las encuestas sobre los salarios dentro de las empresas, la financiación de investigaciones sobre la seguridad en el trabajo o sobre las enfermedades específicas” (14).

Para el Pontífice le resultó un gozo pensar en los

(3) Radiomensaje navideño de 1953 y discurso de 13 de junio de 1957.

(4) Radiomensaje navideño de 1956. En 13 de junio de 1957 vuelve el Papa a decir “en la hora actual se percibe más y más la necesidad de la unión y de poner pacientemente las bases sobre las cuales se apoyará”.

(5) Discurso a la Asamblea de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) en 4 de noviembre de 1957. En el mismo sentido en alocución de 15 de marzo de 1953 a los profesores del Colegio de Europa, de los sacrificios que había que afrontar para unir a Europa, habló LARRAZ en la penúltima Semana Social española.

(6) Alocución a un grupo de jóvenes alemanes, en 28 de marzo de 1957.

(7) Discurso de 11 de noviembre de 1948.

(8) Discursos de 11 de noviembre de 1948 y de 4 de noviembre de 1957.

(9) Alocución de 15 de marzo de 1953.

(10) Discurso de 27 de noviembre de 1957 al Presidente Heuss.

(11) Discurso de 13 de junio de 1957 al Congreso de Europa.

(12) Discurso de 15 de marzo de 1953 a los profesores del Colegio de Europa de Brujas.

(13) Discurso a la Asamblea de la CECA de 4 de noviembre de 1957.

(14) Cfr. el mismo discurso.

puntos de orden espiritual y humano que pueden resultar de poner en común el patrimonio, tan rico, de Europa" (15).

"Hay todo un cúmulo de razones que invitan a las naciones de Europa a federarse realmente. Las ruinas materiales y morales causadas por el último conflicto mundial han hecho percibir mejor la inanidad de las políticas estrictamente nacionalistas; la Europa maltrecha y aminorada siente la necesidad de unirse y poner fin a las seculares rivalidades; ve los territorios antes sometidos a tutela llegar rápidamente a la edad de la autonomía; comprueba que el mercado de primeras materias ha pasado de la escala nacional a la escala continental; siente en fin, y con ella el mundo entero, que todos los hombres son hermanos y están llamados a unirse en el trabajo para acabar con la miseria de la humanidad, para hacer cesar el escándalo del hambre y de la ignorancia" (16) (17).

El Papa Pacelli deseaba la unidad europea, pero rechazaba cualquier tipo de unificación que sacrificara a las Patrias en beneficio de un mastodóntico estado europeo; no creía viable la subsistencia de una comunidad política europea cuyos dirigentes negaran la primacía de lo espiritual.

Así decía que "la sociedad europea que se elabora ya ahora, no encontrará su equilibrio interior y no podrá mantener su puesto entre las otras potencias

mundiales, más que si dispone de una selección impregnada de las mejores tradiciones humanas y cristianas, y sobre todo convencida de la primacía de lo espiritual sobre las formas más elaboradas de la organización técnica" (18).

A pesar de cuanto se hiciera por consolidar la federación europea, Su Santidad afirmó que "Nos estaríamos inquietos respecto a... Europa si se dejara completamente sumergir por las preocupaciones materiales" (19).

Al final del discurso de 4 de noviembre de 1957, dirigido a la Asamblea de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, Pío XII hizo como un compendio de su pensamiento sobre el tema que nos ocupa, diciendo: "Los países de Europa que han admitido el principio de delegar una parte de su soberanía en un organismo supranacional entran, creemos, en una vía saludable, de donde puede salir para ellos mismos y para Europa una vida nueva en todos los órdenes, un enriquecimiento no solamente económico y cultural, sino también espiritual y religioso".

Con este párrafo terminamos nosotros el trabajo (20) pues nada puede decirse que exprese con mayor rotundidad el pensamiento de Pío XII acerca del concreto problema de la unidad de nuestra Europa. Tal vez realizada la unión, los europeos puedan poner bajo el patrocinio de Pío XII, la nueva entidad política.

J. M. MARTÍNEZ-MARÍ

(15) Cfr. el mismo discurso.

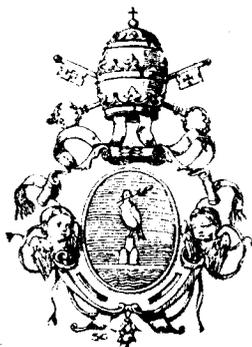
(16) Discurso a la CECA de 4 de noviembre de 1957.

(17) Según datos de la ONU, las dos terceras partes de la Humanidad están sin suficiente alimentación; el 55 por 100 de los adultos de todo el mundo, son analfabetos.

(18) Alocución de 10 de noviembre de 1957.

(19) Alocución al Presidente Heuss en 27 de noviembre de 1957.

(20) Para mayores precisiones sobre el tema cfr. el trabajo del autor *La Unidad de Europa*. Barcelona. Inst. Católico de Estudios Sociales, 1955. S. S. *Pío XII habla de Europa*. Oficina Católica de informaciones sobre los problemas europeos. 6 rue Wencker. Strasburgo, 1958, y la bibliografía citada en ambos trabajos.



# LA NUEVA CONSTITUCION FRANCESA

Francia ha remozado su sistema político. Sin duda el referéndum que el 28 del pasado septiembre aprobó la nueva Constitución francesa, ha sido el acontecimiento más destacado en el orden internacional en el pasado mes, temporalmente vencida la crisis que agitó el Oriente Medio en los días caniculares y en tanto se inicia otro proceso de oscuras perspectivas en el Sudeste de Asia.

El pueblo francés no tan sólo aprobó por mayoría abrumadora la nueva carta política que le ofreció el general De Gaulle sino que refrendó plebiscitariamente la política del Jefe del gobierno. Es tradición que Francia encuentra siempre a su hombre, según sean las necesidades. Y ahora con fervor acepta y erige a De Gaulle como el hombre de la nueva situación.

La Constitución aprobada da nacimiento a la llamada "Quinta República", postrera edición hasta el momento del viejo régimen instaurado a fines del siglo XVIII, que con algunos paréntesis ha dominado la vida política y social de Francia. El nuevo sistema se mantiene fiel a la vieja línea del régimen. Los ingredientes clásicos que lo nutren subsisten en su totalidad: soberanía del pueblo; el triple lema de libertad, igualdad y fraternidad; laicismo, Marsellesa, etcétera, todo el aparato tradicional republicano. Los medios de realización varían profundamente para facilitar el paso a un sistema autoritario, cuyo mayor o menor alcance dependerá de la actuación del Presidente.

Este se alza en la cúspide del

sistema como el auténtico árbitro de la nación, capaz de permanecer oculto si la cosa pública marcha normalmente, o cuando menos según sus deseos, pero con poder para subvertir la situación y erigirse en único gobernante si a su juicio las circunstancias así lo demandan. La peculiaridad de sus poderes estriba en que sólo el propio Presidente ha de ser quien juzgue sobre la oportunidad del momento de ejercitarlos. El Presidente norteamericano, por ejemplo, vive cotidianamente en la palestra pública, y sus secretarios cumplen las funciones que aquél les encomienda, pero la responsabilidad y el ejercicio continuo del poder sólo a él le incumben. El Presidente francés ha de actuar de modo distinto. Tiene su primer ministro, responsable en cierto modo ante el Parlamento, otra vez bicameral, y rector de la política del ministerio. Mas cuando estime desviaciones en los órganos legislativos o bien se produzca una situación de emergencia o simplemente que considere extraordinaria o inadecuada a los intereses del país, puede intervenir, disolver, sin necesidad de refrendo ministerial, el Parlamento o bien asumir la totalidad del poder de un modo personal.

De otra parte, el poder del Parlamento queda reducido a su estricta función legislativa, limitada en el tiempo y en las cuestiones propias de su competencia. Esta innovación es fundamental en Francia, en relación con los métodos de gobierno de la Tercera y

de la Cuarta República, especialmente en esta última, que en la práctica sometían el poder ejecutivo a las determinaciones — y a las veleidades — del legislativo, con daño del equilibrio que debe existir en un régimen de división de poderes. La "investidura", la "cuestión de confianza", a la que se sujetaba la vida de todo gobierno, son procedimientos eliminados en la nueva Constitución.

El robustecimiento del poder ejecutivo da al sistema creado por la Ley fundamental ahora aprobada un matiz francamente autoritario. No es inédito el fenómeno en la historia política francesa. Su viejo régimen republicano ha oscilado en el curso de su prolongada existencia entre ese dualismo de libertad y autoridad, con repliegues muy significativos. La Primera República, en su afán demagógico progresivo, desembocó en un régimen de autoridad que tras las fases del Directorio y del Consulado, terminó en el magno Imperio napoleónico, sin que en su substancia íntima dejara de mantener, pese al imperialismo absorbente, el espíritu que alentó la Revolución.

La Monarquía restaurada, la tradicional y la orleanista, fluctuó asimismo entre ambos principios, pero donde más se destacó el fenómeno fué en la Segunda República, nacida en el 1848 en el momento álgido en toda Europa del estallido revolucionario, de marcado tinte socialista. No obstante, al poco tiempo era elegido Presidente Luis Napoleón Bonaparte, que

si es cierto contaba con oscuros antecedentes revolucionarios, su nombre fué exponente de una reacción que a los cuatro años escasos erigió el Segundo Imperio. Y a la caída de éste, consecuencia del desastre de la guerra franco-prusiana, se produjo un doble movimiento, de sublevación libertaria en París, de restauración republicana en el resto de Francia, cuya capitalidad provisionalmente se estableció en Burdeos. Y vencida la sedición, se consolidó la Tercera República, de tipo conservador, como fruto de una Asamblea con predominio monárquico, que al poco tiempo y dentro de las mismas instituciones evolucionó hacia un sistema izquierdista y progresivamente laico, que perdió hasta la catástrofe de la segunda guerra mundial en 1940.

La Tercera República se deshizo bajo la presión de las divisiones alemanas y resignó su poder en un solo hombre, el mariscal Petain. Con la victoria de las armas aliadas surgió la Cuarta como un antidoto al signo de la derrota y su sistema se polarizó en los máximos poderes del Parlamento, en realidad unicameral, frente a toda posibilidad de personalismos. Su concepción fué el sentido marxista, contubernio de una efímera alianza entre el socialismo gubernamental, temeroso de perder el dominio de la masa, y el comunismo anhelante de hallar el medio con que apoderarse del mando. No pudo sobrevivir los doce años, destrozada por sus propios yerros, y anatematizada incluso por sus mismos creadores, ya que el núcleo principal del partido socialista ha contribuido a su liquidación.

¿Con qué perspectivas se abre la Quinta República? Hay que reconocer que si fué provocada por un movimiento derechista, que exigió el ascenso al poder del general De Gaulle, se convirtió después en un auténtico movimiento nacional, dado el resultado de su referendo plebiscitario. Externamente los que determinaron el cambio constitucional, salvo excepciones calificadas como la de Soutelle, quedaron bastante al margen del Gobierno formado por el General-Presidente, en tanto que fueron pieza principal de aquél los representantes de los partidos políticos imperantes en el disuelto Parlamento, señaladamente el socialista y el republicano popular.

En tanto el general se mantenga firme en la Presidencia, a la que sin duda será elevado, es de creer que el espíritu de renovación que informa el movimiento nacional, el que en realidad expresó el pueblo en el referéndum, de oposición a la vieja política, quede dentro de la línea trazada. Mas si los políticos y sus organizaciones subsisten es difícil que no renazcan en sus actividades y en sus aspiraciones de poder. La Tercera República — antes lo hemos indicado — con una Constitución moderada — un Presidente con atribu-

ciones de rey constitucional — al caer en la órbita del partido radical-socialista, con todo su caudal masónico, produjo treinta años largos de sectarismo laico e izquierdista. Si una fuerza política de sentido marxista (elemento predominante en el día de hoy, aunque en Francia salvo el comunismo tienda al aburguesamiento) lograra dentro del instaurado sistema autoritario alcanzar el poder, los resultados podrían ser incalculablemente funestos. Es el grave peligro que ofrece una Constitución como la aprobada, cuando cabe la posibilidad que por factores imprevisibles cambie el signo nacional que la impulsó por otro de tipo partidista.

Hemos dicho que Francia alardea de encontrar a su hombre en todo momento. Que la Providencia inspire al que la rige y seguirá rigiéndola para que encauce el sentimiento nacional que le da sustentáculo por caminos de estabilidad. La Jerarquía eclesiástica poco antes del referéndum invitaba a los católicos a votar en conciencia, con la esperanza de que en el futuro el Santo nombre de Dios no sea eliminado, antes bien resplandezca, en el Código político fundamental de la nación. Que así sea.

Jorge GALBANY



# RUSIA CARA A SUDAMERICA

Hablando recién con un buen amigo sudamericano y tratando con él de la situación en aquellos países, refiriéndose a los europeos en general, me decía: "Temo que a Vdes. los árboles no les dejan ver el bosque."

Me dió que pensar; me expuso datos y referencias; y pensando y escuchando no pude por menos de decirle: "Me parece que tiene Vd. mucha razón."

Las normas comunistas de subversión mundial no han sido derogadas, al contrario, antes cabría decir que más bien se han actualizado en los últimos tiempos.

Para Europa pudiera ahora parecer que esa subversión anda de malas, que se bate en forzado retroceso, pero, aun cuando así fuese, Europa no es todo el Mundo.

Cierto que los resultados de las elecciones italianas, belgas, alemanas y hasta la más reciente manifestación de los votantes, la francesa, representan un repudio, más o menos intenso en unas u otras, que desde luego no deja de ser contratiempo para los moscovitas, pero sólo contratiempo; su táctica es hábil y cuando un frente se hace resistente se hace avanzar la acción en otros más débiles, aunque no menos eficaces y trascendentales.

No vamos a enumerar ahora las crisis del Oriente Medio y del Extremo Oriente, de indudable importancia, pero que habrían de ser tema de otro estudio. Vamos a fijarnos de modo especial en el continente sudamericano.

Si se admite la existencia de una polarización de fuerzas entre la U.R.S.S. y los EE.UU. de América

— cosa por varias razones discutible, entre ellas porque, para la revolución mundial que pretende la primera, Norteamérica puede representar una interposición en el camino o llegar a ser un instrumento — Rusia se está metiendo dentro de América por la puerta trasera, le está minando el terreno a los EE.UU. en su propia base del resto del Continente.

La cosa no es de ahora, no es causa de un cambio de planes, es la labor de tiempo que se viene preparando, con mayor o menor disimulo, desde hace muchos años.

Cual sucede en los fuegos artificiales en que el estruendo disimula y aleja la vista de la mecha que silenciosa sigue ardiendo y progresando, de vez en cuando ha dispuesto explosiones como la de abril de 1955 en Bogotá, hasta la más reciente de estos días en Caracas, más para cegar que verdaderamente para destruir. La labor auténtica es más honda, es labor de mina, oculta, pero activa, progresiva y eficaz.

Ya empieza a fructificar.

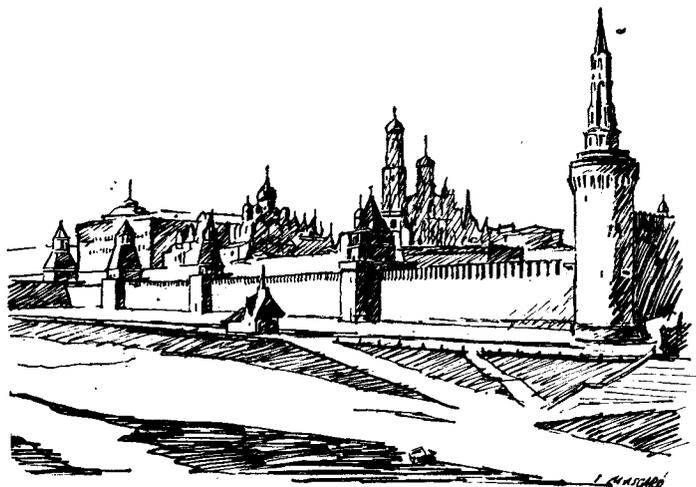
Durante los diez últimos años nunca como ahora la situación de la América hispana habrá estado tan tensa, ni su equilibrio político-económico tan directamente amenazado.

En los primeros meses de este año, la diferencia en menos de las compras por los EE.UU. a los países de centro y sur América pasaba de los ochocientos millones de dólares. Ochocientos millones menos en el haber de países cuya economía depende de las exportaciones y para los que Norteamérica es su primer y principal cliente.

El clima de inquietud está llegando al punto de saturación y los observadores extranjeros en aquellos países ven que cualquier falsa maniobra puede inclinar la balanza hacia lo peor.

Sudamérica es objeto de una infiltración comunista, perfectamente bien organizada, que si durante muchos años ha sido clandestina, ahora empieza a exteriorizarse.

Los puestos clave en la mayoría



Kremlin

de esas Repúblicas están en manos de gentes, marxistas o comunizantes, que, bajo las etiquetas políticas más diversas, sirven al ideal comunista.

Rectores de Universidad, profesores, maestros, locutores de radio, censores de prensa, etc. podríamos hallarlos por doquier cumpliendo desde sus puestos las normas que se les dictan.

Las Embajadas de la U.R.S.S., algunas con hasta tres edificios en la misma ciudad y bastante más de un centenar de empleados, se dedican concienzudamente a ordenar la preparación de elementos, organizar acciones e impartir instrucciones.

Hace pocos días en la localidad del Tigre, vecina a Buenos Aires, se descubría una "Escuela de capacitación comunista", de la que la Policía en su informe dice: "El funcionamiento de esa escuela revela la existencia en la Argentina de una acción comunista efectiva de carácter y trascendencia in-

ternacionales". Los alumnos no eran pobres y desesperados obreros, eran maestros, profesores y abogados de varias repúblicas sudamericanas.

Para la acción obreros y estudiantes son instrumentos preferidos, buscados y bien utilizados: La organizada cadena de huelgas en la propia Argentina. Los estudiantes pidiendo insistentemente el laicismo o armando pequeñas revoluciones de tanteo, no son sino muestras de que lo que pasa en el sector laboral y en el de la enseñanza corresponde a un plan ideológico de gran amplitud.

En otro orden de cosas, si Norteamérica, cual viene haciendo desde años con varias Repúblicas, ofrece a una de ellas varias unidades navales para reforzar su armada, Rusia se apresurará en el mismo día a ofrecer para la aviación aparatos a reacción Mig, como acaba de suceder en la Argentina.

En Chile el candidato izquierdista, socialista de etiqueta apoya-

do por los comunistas, ha quedado apenas a treinta y tantos mil votos de diferencia del elegido. Y si el cobre chileno se derrumba, y si EE.UU., quizá con poca visión, pone tasas a la importación de ese cobre, Rusia ofrece comprárselo a Chile a mejor precio y a cambio de lo que más le convenga.

Si Bolivia pasa angustias, si su economía llega al borde de la asfixia, con una moneda de la que se precisan unas diez mil unidades para adquirir un solo dólar, Rusia echará todo su peso para acabarla de ahogar, y si el estaño es casi la única base de esa economía cubriendo la mayor parte del capítulo de exportaciones, Rusia lanzará al mercado buena parte de sus existencias de ese metal para que lo que es malo se convierta en peor.

Y hay país de Centroamérica, oficial y efectivamente católico con una mayoría del 90 %, donde monjas y religiosos no pueden ir por la calle con hábitos, porque el Gobierno católico tiene miedo de irritar a los "demócratas", y por lo mismo no se atreve a prohibir que un grupo de infelices estudiantes desfile cierto día con carteles mo-fándose de la Religión y, como es natural, del mismo Gobierno.

La hora de Sudamérica puede sonar en cualquier momento. En lo religioso — con sus seminarios casi vacíos —, en lo político y en lo económico, es momento de decisiones y de actuar; hay que prestarle toda la atención y esfuerzo que requiere. Vale más prevenir que remediar, no sea que cuando nos demos cuenta sea demasiado tarde.

Fernando SERRANO



Catedral de Lima

## Escribir bien

Siempre que asoma en la conversación este problema, todos convenimos en que se escribe mal. Pero pocos se preocupan de averiguar en qué consiste esta maldad.

Con ser fundamental, no voy a tratar del fondo. ¡Y vaya si es fundamental el fondo! Ya lo indica la misma palabra, y es de clavo pasado que lo más importante es que un escritor diga cosas y que las diga con propiedad. Esto lleva consigo la necesidad de una formación filosófica, por lo menos elemental. Pero, si los conceptos requieren su expresión precisa y giros adecuados a nuestra intención en forma que nos entendamos, también hace falta que no disuene, que no turbe la mente ni moleste al oído, ningún elemento del lenguaje mediante el cual intentamos expresar nuestro pensamiento y nuestros afectos. De ahí el diccionario: consultarlo y estudiar en él facilita el propósito de escribir con propiedad, soltura y elegancia, o sea el éxito irrenunciable del escritor.

En mi ambición de limpiar de rutina el porvenir de nuestras letras, ya me daría por satisfecho si lograrse contagiar a algún lector el afán de restablecer las formas propias del castellano, en sustitución de otras que no sólo son ilegítimas, sino especialmente opacas y duras, como de corcho o de cuero, y también enojosas como engrudo inoportuno.

Veamos aquel «de momento», que se dice tanto. «De momento no

*La última hora de la tragedia. Hacia una revisión del caso Verdaguer*, por el P. Basilio de Rubí, o. f. m. cap. Madrid. Ed. Franciscana. 1958.

Los intentos de tomar el drama íntimo de un poeta, de un sacerdote, — un conflicto quizá más que con la realidad, con su propio temperamento — como pretexto para acusar a personas, a instituciones, a la misma Iglesia, se convierten en una maniobra burda — una danza de títeres — cuando se saja, se corta, se abre, se analiza, se profundiza, se interpreta, y se llega a los mismos entresijos de la cuestión.

Es eso lo que, continuando la labor de los estudiosos del Verdaguer hombre, ha hecho el P. Basilio de Rubí en su obra “La última hora de la tragedia”, que subtítulo “Hacia una revisión del caso Verdaguer”. La postura no puede ser más sensata: desde fuera se quiso, se ha querido apedrear la Casa de Dios aprovechando la coyuntura dolorosa del poeta; desde dentro, como hicieron el P. Miguel de Esplugas, el Padre Pacífico de Vilanova, el P. Monjas, el P. Miguélez, Jesús Pabón, y, ahora mismo, el P. Basilio de Rubí, hay que examinar rigurosamente, con documentos y sin fantasía, la exacta medida de lo acontecido.

En las manos del historiador se produce un desdoblamiento alucinante: de un lado, el tema cobra grandeza, y el que sepa meterse en él tocará un alma desgarrada, inquietudes, sombras, angustia, equivocaciones y tropiezos, esperanzas, porfías, buena voluntad; del otro, la mole se empequeñece, la enormidad pierde su forma exagerada, la sombra caída sobre el muro se retira hasta la medida del objeto que la proyecta.

Porque — observa el P. Basilio — la raíz del drama no es en el fondo más que un error de táctica. Se quiere vencer la voluntad de Verdaguer empleando medios que fatalmente iban a incendiar su temperamento eruptivo.

Señaló el P. Ruperto M.<sup>a</sup> de Manresa que Verdaguer — hombre, poeta — es lo más opuesto al equilibrio, a la norma. La observación, poéticamente al menos, no me parece un reproche. No toda la belleza está en el sosiego, en la imperturbabilidad. No todo en el mundo de la literatura son Homero y Horacio. Si tiene belleza el equilibrio de un mármol helénico, también la tiene, y sublime, la violencia sísmica, un terremoto y el despertar de un volcán.

Verdaguer no era el espejo de cristal transparente ni la serenidad del mar azul. Su obra es volcánica. Su temperamento telúrico, violento. Y el nudo del drama que azotó los últimos años de su vida — un Sacerdote sin Cáliz, sin Sacrificio — no hay que buscarlo más allá: basta enfrentar una realidad, unas maneras más o menos prácticas, pero en el caso desacertadas, con el estallido impetuoso que bullía, que se apretaba dentro del alma del poeta Verdaguer.

Considerándolo así, las cosas cambian, y comprendemos mejor lo que se ha observado sobre la incomprensión recíproca de los dos mundos (Jesús Pabón). El mundo que era Verdaguer no comprendía, no podía comprender al mundo que quería atarle, ceñirle, someterle a la norma. Pero tampoco éste entendió al primero.

## NOTA

## BIBLIOGRAFICA

Por ello surgieron visiones parciales en una cuestión en que — examinada a la luz de la verdad, como en el trabajo del P. Basilio — no eran posibles los partidismos.

Hay la visión chata, la sectaria — sectarismos de toda laya corrieron a apretarse alrededor del caso Verdaguer —. Pero hay la visión histórica, la que conserva todas las dimensiones, la profunda, la que se acerca sin prejuicios a los personajes.

Es esta una lección jugosa, fundamental, que sacamos de la lectura de la obra del P. Basilio de Rubí. De ella se alza la figura dolorida de un hombre sencillo, a quien su misma simplicidad pudo ser su descalabro.

Poco habríamos dicho si no nos zambulléramos en lo vivo. Lo vivo es la personalidad simple y difícil de Jacinto Verdaguer. El drama de mosén Cinto — por el matiz de su conflicto — bien podría inspirar la fantasía de un poeta romántico. En el vivo de mosén Cinto, se acusan los rasgos esenciales que concurren en la producción de los dramas típicamente románticos — hablando de Romanticismo en el sentido histórico, amplio, de la palabra.

El drama romántico suele producirse por un conflicto de deberes: Uno de carácter social, colectivo. El protagonista se percata del deber que le liga a una disciplina, a un ideal político, o a una fidelidad. El otro es un deber de intimidad. Es un conflicto entre lo objetivo y lo subjetivo.

En Verdaguer entraron dolorosamente en colisión lo subjetivo — su concepto extremado de la caridad, el miedo, el terror de verse encerrado en aquel asilo de Vich donde también había locos — con la autoridad, la objetividad, la realidad social, la forma de la colectividad, la disciplina.

Evoquemos a mosén Jacinto Verdaguer practicando con fervor los exorcismos en Barcelona. Tenía razón mosén Jacinto cuando decía que con exorcitar no había obrado torcidamente. Practicaba los exorcismos privados — lícitos sin necesidad del permiso del Ordinario — y a la primera indicación de la Jerarquía sumisamente los abandonó. Pero hubieron de ser los *demonios* de Verdaguer los que acabaron por despedirle del Palacio de los marqueses de Comillas.

La verdadera tragedia de Verdaguer comienza en el momento en que el poeta, que ha recibido de su Prelado una invitación para retirarse al Asilo de Vich, huye de la Gleva a Barcelona. Citación por el Tribunal Eclesiástico. No comparecencia. Suspensión *a divinis*. El sacerdote ha sido arrancado de su cáliz. Su cáliz se ha visto rodeado de una corona de espinas.

Son años de pesadumbre, años trágicos. Se intenta reducirle. Verdaguer considera empavorecido el fantasma del asilo. Verdaguer se revuelve. Se mueven las figuras. Destacan los personajes. El problema se agrandó. Hubo exageraciones. Pero al historiador le corresponde una tarea de luz y de amor: el historiador ha de comprender el pro y el contra de todas las posturas, las contradicciones, estudiar los documentos, reflexionar, reflexionar sobre todo — ¡cuán llena de reflexión está la obra que analizamos! — sobre las psicologías, sobre el difícil misterio de las almas.

Francisco SALVÁ MIQUEL

le reconocí. De momento, vamos a dejarlo tal como está». Cuando en buen castellano habría que decir respectivamente: *Al pronto no le reconocí. Por de pronto, vamos a dejarlo tal como está.*

En Barcelona, he oído decir hablando de la luz: «Nos hemos quedado sin». En lugar de *Nos hemos quedado sin ella o Nos hemos quedado sin luz.*

Hay un latinismo innecesario y feo en nuestras latitudes, no usado por los clásicos en castellano, que es «el mismo, la misma, etc.», como pronombre: «La señorita X y el pretendiente de la misma». Es horrible, pobre, tonto e impertinente semejante recurso. Parece que se le pringuen las manos a uno al tropezar con locuciones así en un texto. ¿Por qué el redactor de aquel epígrafe no escribió con sencillez *La señorita X y su pretendiente?*

Porque esta es otra: se creen muchos que escribir bien, con cierta elegancia, es hacerlo florido o complicado. Y es todo lo contrario. La gracia está en la sencillez. Claro que lograr la sencillez en el estilo es difícil, como lograrla en la vida. Pruébenlo, y no se desanimen, que, aunque fracasen en sus primeros intentos, ya se mejorarán. Y no se arrepentirán de ello.

Sebastián SANCHEZ JUAN



*La*  
*Federación de Cajas de*  
*Ahorros Catalano Balear*  
*en el*  
**XXXIV DIA UNIVERSAL DEL AHORRO**

**31 OCTUBRE 1958**

se complace en presentar un resumen de la extensa y eficaz obra benéfico-social que en favor de sus imponentes realizan las Cajas de Ahorros federadas, como complemento de la labor de custodia y garantía de los fondos de ahorro, cuyo saldo total asciende a

**21.500 millones de pesetas**

**OBRA SANITARIA**

Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, Centro Auxológico y de Medicina Preventiva Infantil, Instituto de Santa Madrona, Instituto Antituberculoso «Francisco Moragas», Dispensarios Blancos (Barcelona) — Colonia Sanatorio Antituberculoso de la Virgen de Montserrat (Torrebonica) — Instalaciones en el Hospital de San Andrés y Sanatorio de San Juan de Dios (Manresa) — Dispensario Antituberculoso (Mataró).

**OBRA ASISTENCIAL**

Hogar de matrimonios ancianos, Amparo de Santa Lucía para ciegas, Instituto educativo de sordomudos y de ciegos, Instituto para la rehabilitación física de mutilados, Instituto benéfico-social y R. I. V. Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, Patronato Superior de los Homenajes a la Vejez (Barcelona) — Hogar de la Ancianidad y Albergue Infantil (Tarrasa) — Asilo de la Casa de Caridad (Manresa) — Casa de la Infancia y Colonia Infantil (Mataró) — Guardería Infantil y Club de Ancianos (Sabadell) — Hogar de la Ancianidad Inglada-Vía (Vilafranca del Panadés) — Patronatos locales de los Homenajes a la Vejez (Cataluña y Baleares) — Residencias Femeninas (Barcelona, Lérida y Tarragona).

**OBRA ESCOLAR Y CULTURAL**

Escuelas Miguel de Cervantes, Inmaculada Concepción, San Vicente de Paúl, Santa María de Gracia, Santísimo Redentor, Santos Justo y Pastor, Centro de Instrucción de los Obreros, Grupo Escolar «Verneda» (Barcelona) — Mutualidades y Hermandades escolares, Agrupaciones Catequísticas (Cataluña y Baleares) — Hogar del Ángel de la Guarda (Tiana) — Capilla de Ca'n Domenge (Palma) — Bibliotecas públicas y casas de cultura (Cataluña y Baleares) — Bibliotecas Museo «Francisco Moragas» y Técnica del Instituto Antituberculoso «Francisco Moragas», «Braille» para ciegos, Palabra Culta (Barcelona) — Bibliotecas (Sabadell, Moncada, Ripollet y Viladecans) — Casa de la Sagrada Familia (Palma) — Casa de Cultura y Biblioteca Popular (Mataró) — Conferencias y Conciertos (Tarrasa).

**OBRA INMOBILIARIA**

Las Cajas de Ahorros han contribuido de un modo especial a la resolución del problema de la vivienda, mediante la construcción de numerosísimos GRUPOS DE VIVIENDAS POPULARES Y ECONOMICAS para imponentes modestos y concesión de préstamos para dicho fin.

Subvenciones de plazas y camas en Hospitales y Asilos, Pensiones a imponentes ancianos, Becas para estudiantes y seminaristas, Premios Día del Ahorro, Desempeño gratuito de máquinas de coser y prendas de abrigo, Bonos de caridad, Auxilios a la Maternidad, Viajes de estudios. Premios a la constancia en el pequeño ahorro; Ayudas económicas a Entidades diversas.